



Pedro Escobedo

D. PEDRO ESCOBEDO.

Con pompa no usada y completamente espontánea, en medio de una concurrencia inmensa y escogida, y de los gemidos de un dolor universal, ha sido sepultado el día 15 del corriente en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, el cadáver de un ciudadano virtuoso y filantrópico, cirujano hábil y protector decidido de la juventud estudiosa, el Sr. D. Pedro Escobedo. Este espectáculo tan triste y doloroso por sí, ha servido, sin embargo, para mostrar que el espíritu público, aunque muerto al parecer, está solo adormecido, que nuestra sociedad no ha caído en el abismo de degradación moral en que á primera vista parece sumergida, y que todavía sabe hacer justicia al verdadero mérito de sus hijos, honrar su ciencia y amar su virtud. No hay, pues, que desesperar de una nación en que aun queda admiración por el saber y la moralidad. Amantes de las glorias de nuestra patria, sinceros admiradores de los ciudadanos que la honran, los redactores del Liceo participamos del duelo universal que ha causado la sentida y temprana muerte del Sr. Escobedo, y vemos en ella un calamidad nacional. Para dar un alivio á nuestro dolor, y contribuir por nuestra parte á los homenajes públicos de amor y respeto que ha recibido su memoria, quisimos al principio presentar en unos rasgos biográficos el bello cuadro de esa vida, empleada toda en hacer el bien, en aliviar al enfermo, en socorrer al necesitado, en estimular con sus ejemplos y consejos á la juventud médica, en protegerla y encender en ella la misma llama de ciencia y virtud que ardía sin cesar en su alma universalmente benévola. Pero supimos después que el Sr. Otero se propone escribir la biografía del Sr. Escobedo, y no hemos querido manchar con nuestros borradores el bello cuadro que tan bien sabrá pintar el maestro pincel de nuestro primer orador parlamentario. Nos limitamos, pues, á insertar á continuación el sentido y vigoroso discurso que en una academia privada de medicina, (1) formada en su mayor parte de dis-

(1) Esta sociedad, bajo el nombre modesto de filoiátrica, amante de la medicina, lleva tres años de existir

cipulos del Sr. Escobedo, pronunció uno de ellos, D. Joaquín Navarro é Ibarra, honor de nuestra juventud, y una de sus mas bellas esperanzas, y la contestación del presidente de dicha reunión, D. Francisco Ortega, hijo. Creemos que nuestros suscritores leerán con placer y ternura estas dos piezas con que han favorecido nuestras columnas sus autores, y que les será grato, como á nosotros, ver que la juventud no olvida los favores que recibe, y sabe recompensar la protección que se le dispensa, con un agradecimiento ardiente y sin límites. Acompaña á estos discursos un retrato, copia de una hermosa litografía del Sr. Mata, quien animado por una sincera amistad, ha sabido reproducir con una fidelidad bien rara, aun en un retratista tan distinguido como él, los rasgos de un hombre presente por sus cualidades á la memoria de todos los que tuvieron el honor de conocerlo, y en cuyo corazón se abrigaba todo lo noble y generoso que puede elevar á los individuos de la especie humana.

México febrero 19 de 1844.—RR.

en la obscuridad, con notable provecho de los individuos que la componen, y para lo futuro podrá llegar á ser muy útil al público. Se cursan en ella las materias mas importantes de los estudios médicos, y se ha dado un lugar muy preferente á los prácticos: se presentan también periódicamente memorias y tesis de que van ya formados cerca de once tomos manuscritos. Estos trabajos son en su mayor parte recopilación de lo mejor que se encuentra en los autores mas distinguidos sobre cada materia, de manera que hay poco original; pero no por eso es ménos útil encontrar sobre cada punto reunido un cuerpo de doctrina selecta, y que se hallaba ántes esparcida. Sabemos además que entre lo poco original que existe, hay algunas memorias de gran mérito, y entre ellas se nos ha hecho particular mención de una sobre el mal conocido vulgarmente con el nombre de San Lázaro, fruto de algunos años de trabajos y observaciones constantes, formada por el facultativo D. Ladislao Pascua, discípulo querido del Sr. Escobedo, y enlazado con una persona de su familia. Sabemos igualmente que los socios de esa academia se proponen elegir y dar á la luz pública con el tiempo, sus mas importantes trabajos: nosotros los excitamos á realizar cuanto ántes un proyecto tan útil, y que cederá en honor de nuestra querida patria.—RR.

POR D. JOAQUIN NAVARRO E IBARRA,

EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1844, EN LA SOCIEDAD FILOLÁTRICA.

En el horizonte de las ciencias como en el del cielo, nacen y mueren sin cesar astros brillantes y benéficos; y es dulce y consolador en los momentos de dicha, fijar el pensamiento en esta idea; pero hay otros de abatimiento y amargura en que la pérdida de un grande hombre nos arrastra á creer que al bajar al sepulcro, ha cerrado tras de sí, la puerta que conducía á los adelantamientos y á la gloria. Este triste pensamiento os domina en este instante: lo adivino porque lo siento á la par vuestra, y porque sé que hay dolores que como el espacio, parecen mas profundos, mientras mas fijamente se les contempla. No temais que con lo que voy á decir, distraiga vuestra atencion del deplorable objeto que la ocupa: no olvidaré que al preparar esta solemnidad fúnebre, quisisteis á un tiempo hacer caer sobre una tumba recientemente abierta, un rayo de la inmortalidad que la inundará para siempre, y proporcionar una hora de tregua y de solaz á nuestro corazon despedazado. Me sentiria sin valor y sin fuerzas para corresponder á vuestra honrosa confianza, si este débil esfuerzo de mi voz balbuciente no fuese tambien un tributo de mi gratitud y una efusion de mi corazon; si no supiese que para conmoveos, para arrancar de vuestros párpados la lágrima que ya asoma á ellos, solo necesito pronunciar un nombre puro y querido, emblema ayer de nuestras mas venturosas esperanzas, símbolo hoy de la amargura y el dolor: el de D. Pedro Escobedo.

No os hablaré de cómo en esta vez se vieron de nuevo sentarse el infortunio al lado de la cuna y la gloria sobre la tumba de un hombre; del desvalimiento de su infancia, de su precoz orfandad; ni de las penas y obstáculos de sus primeros estudios, para que veais que no estaba reservado á Pinel y á Velpeau, á Béclard y á Dupuytre abrirse en medio de la indigencia el camino que habia de conducirles al respeto y admiracion de sus semejantes; nada os

diré tampoco de los últimos años de su vida, porque sabeis lo mismo que yo, que en ellos esa vida fué como el arroyo manso y tranquilo que corriendo sin estrépito, fertiliza y embellece todos los sitios que riega con sus aguas purísimas; y finalmente, por piedad á vuestro corazon, por piedad al mio propio, correré un velo de luto sobre esos últimos instantes en que una enfermedad destructora devoraba sus entrañas, mientras el pesar devoraba su alma, y entrambos conjurados cruelmente en contra nuestra, le arrastraban con rapidez á un lugar que no debiera abrirse nunca para ciertos hombres. Grato seria para mí, honroso á su memoria y útil para vosotros, trazaros linea á linea el grandioso y bello modelo de virtud que ofrecia D. Pedro Escobedo; pero la naturaleza de este discurso y el carácter de la sociedad á cuyo nombre lo pronuncio, me obligan igualmente á omitir los rasgos biográficos y el elogio de todas las virtudes del maestro que rido á cuya memoria tributamos este sencillo homenaje: su alma, por otra parte, semejante al encantado prisma que de cualquier lado que se vuelva al sol, reproduce los hermosos colores del iris, es bella bajo cualquier aspecto que se la considere.

Era por los años de 18 y 19 cuando en un oscuro rincón del Hospital de San Andres, un estudiante sin proteccion ni recursos se preparaba á sus solas á ser uno de los mas ilustres cirujanos de nuestra patria. Los principios fisiológicos de Bichat y el sistema, hijo suyo, de Val-de-Grâce, dominaban entonces exclusivamente el mundo médico; hoy, veinticinco años de esperiencia han hecho justicia á Broussais y á sus obras; se ven, si no con risa, (porque jamas la despiertan los extravíos de los grandes hombres,) al ménos en su verdadero valor sus exageraciones sobre la localizacion y el tratamiento de las enfermedades; pero entonces era otra cosa: habia restaurado la es-

cuela anatomo-patológica, habia echado por tierra la teoria de las fiebres esenciales, habia formado la historia mas completa de las flegmasias, y todos estos eran otros tantos titulos justos á la consideracion y al respeto de sus contemporáneos; admiracion y respeto que él con su lógica seductora y su estilo mágico, llevó hasta la mas deplorable fascinacion, haciendo admitir á toda una generacion, como dogmas sagrados, hasta sus mas profundos errores. Basta considerar todo esto, los efectos que lo nuevo produce en un ánimo inesperto, y lo profundo y duradero de nuestras primeras impresiones, para esplicar cómo y por qué D. Pedro Escobedo conservó hasta lo último, apego á la doctrina fisiológica. Pero seria una injusticia llamarle médico sistemático en el sentido odioso de la palabra: no, profesar ciertas doctrinas, ó mejor dicho, tener ciertas tendencias, no es negar lo que puede haber de cierto en las contrarias, y vosotros sabeis bien que los interesantes trabajos de Andral y Chomel, Cruveilhier, Louis, Rostan y Piorry, no le eran desconocidos. No era él de esos médicos que son un arcaismo de su época, para quienes son perdidas las lecciones de la esperiencia, inútiles las investigaciones de los sabios, ignorados los adelantamientos de la ciencia: lo que él no hizo jamas, fué renunciar del todo á sus principios primitivos para arrojarse de un golpe en los contrarios, convertir el desengaño en injusticia, olvidar todo lo que habia aprendido para quedarse sin saber qué creer; desertar de una escuela para alistarse en la contraria, y desde ella calumniar y pagar con la ingratitud al maestro ilustre que presidia la primera. Eso es lo que no hizo, lo que no podia hacer tampoco, porque tenia un talento demasiado profundo, un discernimiento felicísimo, y una instruccion muy sólida, para aceptar indistinta y ciegameente todas las innovaciones: esta versatilidad que suele ser el defecto de los médicos inespertos ó de los amigos de las especulaciones, habria sido raro que fuese el de un hombre tan eminentemente práctico y positivo como D. Pedro Escobedo.

Mas principalmente quiero hablaros de él como cirujano. Cierto, como lo estoy, de no decir mas que la verdad, sin exageraciones ni suposiciones propias, lo estoy aun mas, de que no podreis ménos de llamar extraordinario y singular al que reunia á la vez tantas prendas raras y eminentes. Sus sentidos esquisitos, su percepcion clara, su juicio recto, su talento de induccion, su tacto quirúrgico, en fin, le hacian fijar con una exactitud y facilidad asombrosas el diagnóstico mas os-

curo y embrollado: vosotros sabeis, y no tengo necesidad de recordároslos, los triunfos espléndidos que repetidas veces adquirió en este género: donde médicos instruidos, despues de un exámen prolijo y de acaloradas discusiones, nada podian aventurar mas que hipótesis imaginarias, él con una mirada penetrante como la de la águila que ve desde el cielo su presa, fijaba irrevocablemente el diagnóstico, y lo confirmaba á menudo con una operacion audaz é inteligente. Ese talento de la indicacion, tan raro y tan estimable, era tal vez lo que distinguía al Sr. Escobedo mas especialmente, y lo que le colocó en ese apogeo de reputacion y de gloria á que le hemos visto elevado. A una práctica larga é ilustrada, al estudio reflexivo de los autores clásicos de cirujia, en especial de Hunter, Dupuytren, Begin y Sanson, y sobre todo, á su *genio*, (porque no se puede poner en duda que nada puede suplir esa aptitud natural é innata que se llama el *genio*), debia ese conocimiento exacto y preciso de los medios curativos mas apropiados, del momento oportuno de emplearlos, de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus consecuencias etc.

Señores, es necesario decirlo, y yo lo hago con orgullo, D. Pedro Escobedo no tenia nada que envidiar al mejor operador del mundo: su pulso era firme y su mano rápida, pero sobre todo, nadie de vosotros habrá dejado de admirar aquella sangre fria imperturbable, aquella impassibilidad indescriptible que le hacia permanecer en medio de los horrores del dolor y la sangre, sin que se agitara su pulso, sin que una sola arruga en su fisonomia revelara la conmocion de su alma verdaderamente grande. ¡Cuán distante, sin embargo, estaba esa alma de ser insensible á los sufrimientos de sus semejantes! ¡Olvidareis aquellos momentos solemnes en que su voz tranquila mezclaba á los ayes de la desesperacion, los dulces acentos del consuelo y la benevolencia, en que aun armado del instrumento de los dolores, ofrecia mas bien que la imágen del ángel exterminador, la de un ángel de paz y de ventura?... El valor quirúrgico de D. Pedro Escobedo tan distinto de la audacia ciega que todo lo intenta, era esa fuerza de alma que inspira una operacion arriesgada, pero despues de haberla calificado posible, indispensable y útil, despues de calcular todas sus dificultades para vencerlas, todos sus peligros para arrostrarlos. La naturaleza que ha puesto en todas las cosas el abuso ilegítimo de ellas, junto á sus mas útiles empleos, no hizo, sin embargo, que D. Pedro Escobedo abusase de sus grandes calidades como cirujano: el cuchillo fué

siempre en sus manos un recurso de salvacion ó de esperanza, pero jamas el instrumento de tentativas que reprueban con igual severidad el arte y la moral.

El hombre fué siempre para él, lo que debiera ser para todos los médicos, un objeto sagrado, cuya salud es un depósito inviolable al que no es lícito tocar sin hollar los deberes del honor y la conciencia: no ha hecho nunca de la salud una mercancía, ni de la medicina un tráfico miserable. Comprendía en toda su magnitud el noble ministerio y el sublime destino que está llamado á ejercer un médico en la tierra, y lleno de estas ideas rectas y grandes, despreció constantemente la vil seduccion del interés, los rastreros artificios de la calumnia y de la envidia, las desacordadas quejas de la ignorancia, y el frio olvido de la ingratitud. Sus enfermos eran sus amigos: no contento con prodigarles los socorros de su arte con inteligencia y esmero, derramaba á torrentes sobre ellos los consuelos de una religion que amaba y de una filosofia pura y persuasiva: penetraba en los senos del corazon, para estudiar en ellos las pasiones y combatir las por esos medios, precarios tal vez, pero dulces y gratos, que solo la mano de la amistad sabe aplicar al corazon lacerado; y efectivamente, victima del infortunio sabia comprenderlo y aliviarlo. La práctica de la medicina ofrece el teatro mas vasto para desarrollar esas virtudes eminentemente expansivas, que forman el atributo exclusivo, y el mas bello ornamento de la raza humana.

Así es como la caridad era amplia y magnánimamente ejercitada por D. Pedro Escobedo, sin que se entienda que se reducía á curar gratuitamente á los pobres y á proporcionarles los recursos indispensables, no: cierto es que ocupaban un lugar preferente en su alma estos seres que la sociedad desprecia y aun se avergüenza de tener en su seno, porque sabia que en el corazon de esos infelices encontraria una recompensa mil veces mas sincera y significativa que el insultante y vil oro del magnate; pero su caridad no consistía únicamente en el desinterés: consistía en el cariñoso desvelo, en el afán paternal, en la tierna compasion con que miraba y remediaba sus necesidades: viviendo incesantemente en medio del dolor y la desgracia, los endulzaba con palabras insinuantes y balsámicas, con acciones tiernas y espresivas que contrastaban singularmente con ese aire austero y esos modales genialmente francos, que tanto desfiguraban su carácter á los ojos de los que no le conocian de cerca: yo recordaré siempre con

placer y vosotros tambien, algunas escenas hermosas en que D. Pedro Escobedo, parecia mas bien que todo, el ángel de la paz y de la beneficencia. ¿Por qué los que insultan y desprecian nuestra noble profesion, no asisten á estas bellas escenas en que el médico es el ministro y la imágen de la Providencia divina?... ¡Entonces verian, que aquí, en el corazon, podemos sentir placeres inefabables que recompensan suficientemente esta larga cadena de sacrificios y penas que constituyen la práctica de nuestro arte!... Ya veis, señores, que D. Pedro Escobedo no era ménos grande como médico inteligente, que como filósofo y filántropico.

La noble y difícil profesion del magisterio público, le ocupó desde los primeros años de su práctica. Por el de 24, un cirujano célebre y amigo de la juventud, Don José Ruiz, para dar el primer impulso á la medicina operatoria, fundó de su propio peculio una cátedra en que se enseñase esta ciencia: el voto público, tan justo y fundado siempre, de los estudiantes de aquella época, y la eleccion especial de un hombre tan respetable como el útil fundador de aquella cátedra, dispensaron de consuno al Sr. Escobedo el honor y la justicia de servirlo. No es fácil que nosotros, educados en tiempos mucho mas afortunados para la medicina, nos formemos una idea cabal de lo difícil y penosa que le fué aquella enseñanza. Poseyendo apenas el idioma frances, en que estaban escritas las principales obras de cirujía en aquella época, sin haber practicado nunca, ni visto practicar la mayor parte de las operaciones de importancia, sin mas guía que su estudio incansable y las felices inspiraciones de su genio, se lanzó en aquella carrera sembrada de laureles y de espinas. ¡Miradle allí á los 25 años de edad, maestro de nuestros maestros! ¡Honrad á la vez su memoria y la del cirujano que fundó tan útil plantel! No era D. Pedro Escobedo de los hombres que estiman en poco la gloria: no, que este pensamiento es el norte de todas las almas grandes: así es que con esfuerzos constantes, consiguió conservar ileso la reputacion que habia afanosamente conquistado, hasta el año de 33 que un médico justamente ilustre por mil títulos, echó los cimientos de la escuela en que nos hemos educado. D. Valentín Gomez Fariás, es una de esas almas rectas que no ceden á otro sentimiento mas que al de la justicia: así que, cualesquiera que fuesen las opiniones políticas de D. Pedro Escobedo, se la hizo á su mérito y le colocó al fundar el sexto establecimiento en la cátedra de medi-

cina operatoria. Yo me complazco en recordar aquí un rasgo que honra igualmente á los dos médicos que tal vez han sido en México los mas celosos y desinteresados amigos de la instruccion y protectores de la juventud.

El año de 38, al restaurarse el colegio de Medicina, bajo el ministerio del Sr. D. J. J. Pesado, D. Pedro Escobedo fué nombrado catedrático de Patologia esterna. Allí es donde casi todos nosotros hemos escuchado por primera vez en público las lecciones de este hombre célebre: allí donde nos cautivaba, no ménos su trato afable y cariñoso, y su tono de amistad y libertad, que el encanto mágico de que sus palabras revestian los mas áridos preceptos de la ciencia: allí donde nos admiraba igualmente su profunda instruccion en los principios fundamentales de ella, y el tesoro inmenso de su práctica, cuyas arcas abria ante nosotros, no para hacer ostentacion de su riqueza, sino para que nos lo apropiásemos: allí donde hemos recibido esas primeras y profundas impresiones, cuyo indeleble recuerdo nos acompañará hasta la tumba. Si, amigos míos, el nombre de nuestros maestros, sus preceptos, su ejemplo, su grata memoria, no podrán abandonarnos mientras tengamos que ejercer la honrosa y noble profesion de médicos. El año siguiente al de la restauracion del colegio de Medicina, dejó la cátedra que habia servido en el anterior, y pasó á otra que ha dejado viuda; Dios sabe por cuanto tiempo: á la de medicina operatoria. Este era en efecto, el teatro, donde sin rival podia desplegar la inmensa fuerza de su genio. La rapidez y la elegancia, la seguridad y la destreza brillaban en todos sus movimientos: la elocuente voz de la verdad con el tono imponente de la esperiencia hablaba por su boca: la sinceridad y la buena fe pintadas en su noble frente, inspiraban á la vez un sentimiento de admiracion y de respeto, de tal modo profundo, que ni la íntima franqueza, ni la benévola jovialidad con que nos trataba, fueron partes á destruir ni á desvanecer. Señores, ¿hay alguno de nosotros que no se honre de llamarse su discípulo?... Yo por mi parte, tengo placer en confesarlo: cuando á mis solas me asalta el pensamiento de mi insuficiencia, y me siento desconsolado y abatido al considerar los huecos inmensos de mi educacion literaria, me anima y aun me envanece pensar, que no puede ser enteramente ignorante el que recibió por tanto tiempo la luz brillante de ese fanal que se ha estinguido hace pocos dias en el sepulcro; me parece que puedo presentar al mundo una recomendacion ir-

recusable con solo decirle: D. Pedro Escobedo fué mi maestro. ¡Pluguiese al cielo que así fuese realmente; pero al ménos es una ilusion escusable, porque es hija del cariño!

¿Ni cómo podia dejar de inspirarlo el hombre infatigable en promover nuestro adelantamiento, nuestro bienestar y nuestra gloria; que se complacia en llamarnos sus hijos y en dispensarnos los beneficios de padre; que sacrificaba modesta y silenciosamente, las pretensiones de su vanidad, las exigencias de su orgullo, sus intereses personales, su salud y hasta su vida por el colegio de Medicina?... Olvidar todo esto seria una vil ingratitud con que no pagáremos nunca á D. Pedro Escobedo, ni á sus nobles cooperadores.

Sus afanes por sistemar la educacion médica, han ocupado la mitad de su vida. El y el Sr. Olbera, fueron quienes el año de 1833, promovieron mas activamente la fundacion del establecimiento de medicina: él, quien despues de que el desastroso vértigo de los partidos derribó este bello plantel, no perdonó medio de promover su restauracion. Se necesitaba un carácter de temple fuerte y un corazon altamente filántropico, para soportar con paciencia y aun con esperanza, los desengaños y las injusticias, la indolencia y las supercherías con que correspondian ó eludian sus nobles esfuerzos tantas y tantas administraciones como para daño y oprobio de la república han pesado sobre ella. Será un rasgo que haga eterno honor á sus virtudes saber, que cuando un concurso fortuito de circunstancias le colocó cerca del poder omnimodo, él semejante á un reverbero purísimo, solo recibía la influencia de ese poder, para reflejarla íntegra sobre el tierno objeto de su predileccion.

Fácil le hubiera sido en estos tiempos de prodigalidad y bancarrota, adquirir las distinciones del favoritismo y la opulencia del peculado; pero no, murió como habia vivido, puro y sin tacha: sin mas oro que el adquirido con el sudor de su frente, sin mas distinciones que las que otorga la ciencia y la virtud. Fundador de muchos de los cuerpos científicos, literarios y artísticos de la república y sócio de casi todos ellos y de varios de los de Europa, miembro de casi todas las sociedades de beneficencia pública, relacionado con todas las personas eminentes en cualquiera ramo, respetado de sus enemigos, querido de sus amigos, amigo de los hombres de bien, adorado de la juventud, llorado por la república entera, ha terminado su vida oscura, pero fecundante, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Tu muerte, maestro adorado, ha sido tu apoteosis: la envidia ya no alzarla la losa de tu tumba, para derramar sobre tu corazon su letal ponzoña: héla allí muda, inmóvil, confundida al escuchar el voto público que unánimemente te pregona sabio y bueno: ese clamor universal resuena tambien en este recinto oscuro, donde una docena de esos tus hijos que tanto amaste en vida, se reúnen para llorarte en muerte: los suspiros que salen de sus corazones donde no has sembrado mas que flores de bendicion, serán

mas propicios al tuyo, que la pompa de los grandes: ellos pagaban un tributo á la justicia, nosotros obedecemos á las inspiraciones de nuestro cariño: el olvido sepultará mañana la memoria de tus honores fúnebres en ese mundo que se rie de todo: la gratitud perpetuará tu nombre en estas almas donde tu mano benefactora imprimió recuerdos indelebiles: nosotros éramos tu esperanza aquí en la tierra; tú eres la nuestra allá en las regiones de la inmortalidad.—Dije.

CONTESTACION

DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO ORTEGA DEL VILLAR.

Señores: Nada mas justo á la vez que sensible es el tributar á nuestro amado maestro esta muestra de gratitud. El colocó en nuestras manos el primer libro de su ciencia, de su boca oímos las primeras lecciones, puso á disposicion nuestra sus libros é instrumentos, sin exigir otra recompensa que nuestro propio aprovechamiento, difundió entre nosotros con su ejemplo y sus consejos el amor á su profesion y á hacer el bien: en suma, no nos miró como á hombres estraños, sino como á sus hijos: á él debemos la existencia de nuestro establecimiento médico, y sin su proteccion no hubiera subsistido esta sociedad, que no es en cierto modo sino un pequeño arbusto nacido de las semillas que sembraba por todas partes. Mas ¿cómo me atrevo á enumerar los beneficios que hemos recibido de su bondad? A donde quiera que volvais los ojos encontrareis se-

ñales de su beneficencia; por donde quiera que escuchéis, oireis las alabanzas del hombre sabio, honrado y caritativo, y los suspiros que se exhalan en pos de su memoria. Felices nosotros que escuchamos su voz y estrechamos su benéfica mano entre las nuestras, y desgraciados hoy que no podemos gozar de igual placer. Mas ¿qué haremos pobres y débiles que no podemos detener el curso del tiempo, ni suspender los acaecimientos señalados por el dedo de Dios? ¿Darémos rienda suelta á nuestro pesar y desconsuelo?... Derramemos, si, lágrimas sobre la tumba de nuestro amado maestro, amigo y protector; pero no olvidemos su voluntad que tantas veces nos espresó, y procuremos contribuir con nuestro grano de arena á conservar y levantar el edificio, que segun sus palabras dejaba confiado á sus discípulos.—Dije.



HIGIENE.

BAÑOS.

Historia. Nada hay que sea tan variado como los baños, pues no hay sustancia en que no hayan inventado los hombres bañarse, ya como medio de conservar la salud, ya para curar las enfermedades. Así entre los líquidos se pueden enumerar el agua, ya simple, ya salada ó mezclada con diversos sólidos á que sirve de disolvente: cocimientos de diversas sustancias; el caldo, el aceite, el vino, la sangre, la leche, y todo cuanto le vaya ocurriendo al lector puede colocarlo en el número de aquello en que se han bañado, se bañan, ó se han de bañar nuestros prójimos, y en prueba de ello les contaremos que á madama de Genlis le agradaba mucho bañarse en una tina (por supuesto que no habia de ser olla ó jarro) llena de leche, en la que deshojaba rosas de castilla (1): á la vista sin duda seria

muy bello ver sobrenadar en la blanca superficie del líquido, los rosados pétalos de la flor, pero á decir verdad yo temeria mucho se extendiese en México el método de madama de Genlis, porque la limpieza no es la prenda principal de nosotros los mexicanos y agregue V. un poquito [mas de manteca, puf qué horror!.. Pasemos á otra cosa y no se espanten nuestros lectores cuando les contemos que tambien se bañan las gentes en ceniza como si hicieran penitencia, en arena á guisa de gallinas, y en otra porcion de polvos. Finalmente en vapores de todas especies, y no se crea que este es un descubrimiento moderno por andar el vapor en boga, pues que ya los romanos los usaban y nosotros hemos heredado de nuestros antecesores los astecas el *temazcalli*, que no es otra cosa sino un baño de vapor; es cierto que hoy la ilustracion ha hecho mejoras importantes sobre esta materia y con la mayor facilidad del mundo le

[1] Traducimos aquí lo que refiere Dumas en sus *Impresiones de viaje*, le pasó en Weissenstein.

...pregunté si seria posible que me preparasen un baño; madama Brunet [mi huésped,] me respondió que era la cosa mas fácil del mundo y que no tenia mas que decir si lo queria de agua ó de leche.

En las disposiciones de sibaritismo en que me encontraba se adivinarán fácilmente los deseos que despertó en mí esta proposicion; desgraciadamente un baño de leche debia de ser un bocado de padre maestro que solo podria proporcionárselo un banquero. Recordé las medidas de leche parisienses que se entregaban á mi puerta por las mañanas y que mi criado sumaba mensualmente unas con otras á razon de setenta y cinco centésimos cada una; y calculé que sobre todo para mí se necesitarian cosa de mil doscientas á mil quinientas, y esto, por lo menos: ahora bien mil doscientas veces setenta y cinco centésimos no dejan de hacer una suma. Metí la mano á la bolsa de mi chaleco, haciendo deslizar, una despues de otra, entre el pulgar y el índice las últimas monedas de oro que me quedaban para ir á Laussane; y convencido de que no podrian bastar ni para una-cuenta, pedí sencillamente un baño de agua.

—No teneis razon, me dijo madama Brunet; el baño de leche no es mucho mas caro, y es infinitamente mas saludable.

Tuve entónces un temor, y es que á esta altura el mismo baño de agua no estuviese fuera de los alcances de mis medios pecuniarios.

—¿Cómo? dijo vivamente y cual es pues la diferencia?

—El baño de agua cuesta cinco francos [un peso] y el de leche diez [dos pesos].

—¿Como, diez francos? exclamé, diez francos un baño de leche!

—Qué, señor, me dijo mi buena huésped equivocándose sobre mi intencion, ahora son un poco mas caros porque las vacas vuelven á bajar; en los meses de agosto y de setiembre no cuestan sino seis [diez reales escasos].

—Cómo? pero, madama Brunet, yo no me quejo de ninguna manera de su costo; hacedme calentar un baño de leche prontamente.

—¿Lo tomará V. en su cuarto?

—¿Se puede tomar en el cuarto?

—Como V. guste.

—¿Comiendo?

—Sin duda.

—¿Cerca de la ventana?

—Mara villosamente.

—¿Mirando ponerse el sol?

—Perfectamente.

—Y podré comer con todo esto?..... Vaya, vuestra posada es un paraíso, madama Brunet....."

El lector dará la fé que quiera á esta relacion: yo solo le recuerdo las propensiones generalmente reconocidas de los viajeros.

hacen sudar á uno la gota gorda física y moralmente; y si cae uno en manos de un médico, le dá un baño de azufre en vapor y sale uno ítem mas oliendo á condenado. Mas los hombres no sehan contentado con darse baños, sino que les han agregado algunos adminículos probablemente para hacerlos *agradables*, como el rociarse la cabeza y la cara con agua fria, los papachos (*massage*), el arrancarse las barbas, los azotes, y no será difícil que mejorando el procedimiento, en algunas partes usen de pellizcos, hofetadas, etc. etc. y lleguen á gustar el máximo del placer. Figúrese el lector una reunion de hombres bañándose cada uno segun las diversas maneras que hemos descrito, y díganos si no le parecería mejor una reunion de locos suicidas, que de hombres que procura, ban conservar su salud.

Dejando á un lado muchos de estos modos de bañarse que no suelen usarse sino como medicamentos, véamos cuales han sido los que se han empleado por las diversas naciones como medio higiénico.

Entre las naciones antiguas los baños se tomaban en los rios, el mar etc. Los griegos parece que fueron los primeros que usaron del agua caliente, derramándola sobre la cabeza y hombros estando sentados en una tina: en seguida se untaban el cuerpo con aceite.

Los romanos entregados al principio á la agricultura, acostumbraban antes de sentarse á comer, lavarse los brazos y piernas, y cada nueve dias que tenían que ir á la ciudad al mercado ó que asistir á las asambleas del pueblo, tomaban un baño en el Tiber. He aquí los baños en su mayor sencillez. Despues, tanto los griegos como los romanos modificaron de diversas maneras sus baños, hasta el grado de llegar á bañarse mas bien por lujo que por otros motivos.

Los primeros tenían sus baños junto á la *palestra* ó *gymnasia*: y en los que estaban separados de ella, eran dobles, un departamento destinado á los hombres y otro á las mugeres, pero tan próximos, que el mismo horno servia para calentar ambos. Se componian de siete departamentos, que eran: 1.º El baño frio *frigida lavatio*. 2.º El *elaethesium* ó pieza en que eran untados de aceite. 3.º El *frigidarium* ó cuarto para refrescarse. 4.º El *propnigeum* ó entrada al *hypocaustum* ó estufa. 5.º La pieza abovedada para sudar ó baño de vapor, llamada *concamerata sudatio* ó *tepidarium*. 6.º El *laconicum* ó estufa seca. 7.º El baño caliente llamado *callida lavatio*.

Los griegos no tenían una hora señalada pa-

ra bañarse como los romanos, pero si parece que seguian el mismo orden en sus prácticas que estos últimos, tanto por tener los mismos departamentos en sus baños, como por lo que se encuentra descrito en los autores que refieren se untaban el cuerpo con aceite despues de bañarse. Cuando Telémaco estuvo en la corte de Nestor, „la bella Polycasta, la mas hermosa de las hijas del rey de Pilo, condujo al hijo de Ulises al baño, lo lavó con sus propias manos, y untándole despues el cuerpo con esquisitos aceites, lo cubrió con ricos ropages y una capa magnífica.” El mismo Telémaco y Pisistrato, despues de haber admirado las bellezas del palacio de Menelao, „fueron conducidos á un estanque de mármol donde estaba preparado un baño. Herosas esclavas los lavaron; y despues de untarlos de aceite, los cubrieron con ricas túnicas y soberbias pieles.”

Entre los espartanos se bañaban mezclados hombres y mugeres, costumbre que existió entre los romanos, bien que tenían divisiones en sus baños para ambos sexos, y que no se estirpó del todo sino hasta el reinado de Constantino.*

Los baños de estos tenían casi las mismas divisiones que los de los griegos. Lo primero que se veía al entrar en ellos, era un gran estanque llamado *piscina natatilis*. En el medio del baño se encontraba el *hypocaustum* que tenía una hilera de cuatro piezas de cada lado, llamada *balnearia*, estas eran la estufa, el baño caliente, el frio y el *tepidarium* ó estufa húmeda. Las estufas eran unas piezas con el suelo abovedado, debajo de las cuales había un horno para comunicarles el calor; en medio de la estufa húmeda colocaban unos vasos llenos de agua ó un caldero, cuya tapa levantaba un esclavo de cuando en cuando, y en el techo de ella había una tapadera de bronce que se levantaba para dejar salir el vapor cuando era necesario.

En nada se descubria mas el lujo de los romanos que en sus baños. Se dice que en Roma había 856 baños públicos, siendo costumbre que los emperadores fundasen muchos para atraerse el amor del pueblo, y que los ricos particulares al morir dejasen sumas considerables para construir baños para el uso de los pobres. Agripa, siendo edil, construyó 160 lugares públicos en que podía el pueblo bañarse en agua fria ó caliente *gratis*. Los mas magníficos eran los de Tito, Paulo Emilio y Dioclesiano, habiéndose ocupado en la construcción de este último por espacio de muchos años, ciento cuarenta mil hombres. Los de Agripa

eran de ladrillo cubierto de esmalte. En los de Neron habían introducido el mar hasta ellos; y en los de Caracalla se refiere había 200 columnas de mármol y 1600 asientos de lo mismo, siendo de una extension tal, que segun Lipsius, podian bañarse á la vez cómodamente 1800 personas. Había baños de oro y de plata primorosamente trabajados, de preciosos jaspes, y con magníficas estatuas, tanto, que Séneca se quejaba de que los baños de los plebeyos estuviesen llenos de bombas de plata, y de que el piso de los que servian á los libertos fuese de piedras preciosas. Aun existen en el dia muchos de estos baños que hacen una de las mayores curiosidades de Roma, y se conservan muchas estatuas muy hermosas, cuyas descripciones demuestran haber servido para adornar estos edificios.

Las tres de la tarde llamada por Plinio *hora octava et nona*, era la señalada para bañarse, y se llamaba *hora del baño*, *hora balnei*, que en estío era á la *octava* y en invierno á la *nona*. Los baños públicos se abrian á toque de campana, y siempre á la misma hora. Alejandro Severo fué el primero que permitió se abriesen de noche en tiempo de calor. En ellos solian bañarse los grandes del imperio y aun el mismo emperador con el resto del pueblo.

Comenzaban por tomar un baño caliente durante el cual solian rociarse la cabeza con agua fria, y se hacian raer la piel con una especie de cuchillo ó cuchara de madera, de cuerno, de hierro, plata ú oro, llamado *strigil*, para quitarla grasa y el polvo. Los hombres que se ocupaban en esto eran llamados *fricatores*. En seguida respiraban el aire fresco en el *frigidarium*, y se hacian rociar el cuerpo con agua fria ó se daban un baño frio en la *piscina natatilis*, en la que se ejercitaban en nadar: finalmente, se hacian untar el cuerpo con aceites y sustancias aromáticas, yéndose despues á comer. Otras ocasiones en vez de comenzar con un baño de agua caliente, se daban uno seco ó de vapor en sus estufas, sucediendo las maniobras ya descritas.

Como ya se ha dicho, tenían los romanos horas destinadas para bañarse, y estas eran ántes de comer: tambien acostumbraban hacerlo siempre que se cargaban el estómago de alimentos, y despues de cualquiera fatiga ó viaje: pero despues de la época de Pompeyo, el furor de bañarse llegó á tal extremo, que muchos no podian tomar alimento ninguno sin haberse bañado de antemano, y Adriano tuvo que reprimir este abuso, espidiendo un edicto por el que prohibia bañarse ántes de la hora octava.

Tom. 1.

va. Entre los romanos había algunos que se iban á bañar de noche al Tiber, esperando supersticiosamente que los dioses les descubriesen algun tesoro escondido, ó les hiciesen adquirir alguna herencia.

Entre las naciones célticas no eran desconocidos los baños; los antiguos germanos acostumbraban bañarse diariamente en agua caliente en tiempo de invierno, y fria en el verano, y los ingleses parece que se bañaban en Somersetshire, 800 años ántes de Jesucristo.

Los turcos de la misma manera que los griegos y los romanos han hecho de sus baños un objeto de lujo: no hay ciudad ó pueblo en que no haya por lo ménos un baño público: he aquí segun los viajeros como están dispuestos y el modo de bañarse.

Al entrar en un baño, lo primero que se encuentra es una gran sala redonda que tiene un estrado á su rededor alfombrado y con divisiones, en donde se desnuda uno y deja sus vestidos, poniéndose un lienzo en la cintura y unas sandalias. Es conducido uno en seguida por un pasadizo estrecho en que se comienza á sentir el calor, y cuya puerta se cierra apénas se ha entrado en él. No bien se han andado veinte pasos, cuando se abre otra puerta que conduce á otro pasadizo, en el que aumenta cada vez mas y mas el calor, y que termina en un salon de mármol, en el que se detienen los que temen esponerse de pronto á un grado elevado de temperatura.

El baño propiamente dicho, es un gran salon abovedado, cubierto totalmente de mármol, al rededor del cual hay cuatro gabinetes: el vapor se está desprendiendo continuamente de una fuente colocada en su medio, mezclada con agradables perfumes cuando lo desea la persona que se baña. Esta se recuesta en unos lienzos dispuestos á propósito, descansando la cabeza sobre una almohada, rodeado de vapores calientes y aromáticos. Despues de haber reposado algun tiempo, cuando comienza el cuerpo á cubrirse de sudor, se acerca un criado, oprime con suavidad todas las partes del cuerpo, voltea á uno del lado opuesto, le hace la misma operacion, y cuando los miembros se han puesto bastante flexibles, hace tronar todas las coyunturas, despues de lo cual comprime y parece que amasa toda la carne sin producir la menor sensacion desagradable; poniéndose, finalmente, un guante de lana, con el que da una friega por largo tiempo, desprendiéndolo entretanto, con sumo cuidado, unas como escamitas que se levantan de la piel, y aun las mas imperceptibles porciones

27

de polvo. Entónces, cuando la piel ha tomado la suavidad del raso, es uno conducido por el criado á uno de los gabinetes, donde se encuentra una tina con dos llaves, una para el agua caliente y otra para la fria, y derrama sobre la cabeza y hombros, la blanca espuma de un jabon perfumado y se retira. Allí se da uno un baño de agua caliente, y á pocos momentos aparece de nuevo el criado con una pomada llamada *rusma*, por los orientales, y *nouret*, *nure* ó *nuret* por los persas y árabes, la que aplicada durante dos ó tres minutos, hace caer el pelo de los puntos en que se ha untado, sin producir el menor dolor.

Terminado esto, es uno enjugado con una sábana caliente y conducido por transiciones insensibles del calor al frio, á la pieza donde se habia desnudado, en la que encuentra una cama dispuesta para recibirlo, y un niño que con sus dedos delicados acaba de enjugarlo, le presenta otra sábana seca y raspa con suavidad con una piedra pomez las callosidades de los piés. Entónces le presentan á uno una pipa y café de Moka.

Las mugeres despues del baño de agua, acostumbra lavarse con agua de rosa, especialmente la cabeza, y al hacerse sus trenzas, mezclan entre el pelo esencias preciosas. Allí mismo se pintan las pestañas de negro y dan un color dorado á las uñas de las manos y pies con las hojas de una planta. Finalmente, hacen zahumar sus vestidos con el palo del acibar.

No se pueden describir, dice Savary, la multitud de agradables y nuevas sensaciones que se experimentan despues de un baño de esta clase. La respiracion se hace con libertad, la sangre circula con rapidez y facilidad, los miembros se sienten flexibles y lijeros como si hubiesen sido desembarazados de un gran peso: y el alma participando del bienestar del cuerpo, se extasia en pensamientos alegres y risueños que se succeden con una rapidez increíble.»

Esta es la manera con que se bañan actualmente los egipcios del Cairo.

Los demas pueblos con modificaciones mas ó ménos notables han usado de baños semejantes á los ya descritos.

Los rusos y los finlandeses se bañan con estufas húmedas, en las que evaporan el agua, echándola sobre unos guijarros hechos ascuas, acostados sobre tres gradas cubiertas de esterres; saliendo de la estufa se hacen azotar y restregar fuertemente con unas ramas de álamo blanco; en seguida se bañan en agua tibia y luego fria, y terminan haciéndose echar por

la cabeza muchos cubos de esta, ó metiéndose en la nieve ó en un estanque frio. El criado despues de haber estado en la estufa sirviendo á su señor, sale corriendo al campo á revolcarse en la nieve.

Los groenlandios, los esquimoxes y los samoides, tienen sus estufas húmedas enhuecadas en la tierra.

Los naturales del Indostan se bañan de un modo muy semejante á los turcos, con la diferencia que despues de los papachos, estrujones, frotaciones, y de hacerles tronar todo el espinazo, les dan grandes golpes en las partes mas carnudas, les enjabonan todo el cuerpo y los afeitan, no dejándoles un pelo en todo su cuerpo, untándose finalmente con aceite de sésamo.

Los antiguos moros es natural que tuviesen en sus baños el lujo que se descubria en todas sus cosas, y aun en el dia se conserva en la Alhambra en el magnífico patio llamado *Mesuar*, enlozado de mármol blanco y adornadas sus paredes de estucos y arabescos, trabajados con esquisito gusto, un estanque hermoso, rodeado de rosales, otras flores y naranjos, en el que los dependientes hacian las abluciones prescritas por el Alcoran.

Los baños de los antiguos habitantes de América, se han perdido casi completamente y casi no se conserva hoy sino el *temazcali*. Sin embargo, en las ruinas del Palenque parece se conservan grandes salones á cuyos lados hay gran número de tinas de piedra.

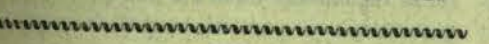
Réstanos hablar del *temazcali* ó *hypocausto* de los mexicanos, quienes bien que se bañaban en los rios, lagunas y estanques, y muchos de ellos diariamente, tambien usaban de su baño de vapor especialmente en circunstancias particulares, costumbre que se conserva hasta el dia y que se ha introducido aun en la clase elevada de la sociedad, acostumbrando muchas señoras darse un baño de esta clase despues del parto, como medio higiénico.

El *temazcali*, semejante á una media naranja, tiene la figura de un horno de pan, con la diferencia que se encuentra un poco bajo el nivel del suelo, y tiene el piso algo abovedado. Su mayor diámetro es de cerca de tres varas, y su mayor altura de dos: la entrada en forma de arco y de una altura de cerca de una vara, capaz de que entre un hombre de rodillas é inclinado, se semeja tambien á la boca de un horno. En el punto diametralmente opuesto á la entrada y por la parte de afuera, se encuentra un hornito de piedra ó ladrillo que se abre tambien al exterior, y con un agujero en su bóveda para dejar salir el humo. La par-

te en que se une el horno al resto del *temazcali*, es una abertura de dos tercias en cuadro que está cerrada con una piedra porosa llamada *tetzontli*. Finalmente, en la parte mas elevada de la bóveda del hypocausto, se encuentra una abertura pequeña para dar salida al vapor en caso necesario. He aqui una estufa sencilla que puede usarse como húmeda y como seca. Hay otros *temazcalis* que tienen simplemente la forma de un cuarto pequeño.

Para bañarse, se introduce primero un petate ó un colchon, un manojo de hojas de maiz y un jarro de agua; se enciende el horno, y así que se ha calentado lo suficiente, entra la persona que va á bañarse sola ó acompañada de un criado y se acuesta; se cierra entónces la entrada y se tiene destapado por algun tiempo el agujero superior para que salga el humo que pueda haberse introducido, despues de lo cual se cierra tambien. Entónces se comienza á echar agua con las hojas de maiz sobre el *tetzontli* que se ha hecho ascuas, y se empieza á desprender un abundante vapor de agua que se eleva á la parte superior y que se procura hacer bajar agitándolo con el manojo de hojas. Al mismo tiempo se salpica de agua todo lo que rodea al que se baña, y con las hojas mojadas comienza á golpearse todo el cuerpo y especialmente la parte enferma. Entónces se presenta un sudor abundante que se aumenta ó disminuye á la voluntad; concluido esto se abre la entrada, y muy abrigada la persona es conducida á otra pieza á reposar.

Basta de baños, y no se asuste el lector si le avisamos que no mas *por ahora*, pues que lo principal se nos ha quedado en el tintero, y le ofrecemos dar en uno de los números siguientes la parte verdaderamente higiénica de los baños tales cuales los usamos nosotros.—RR.



LA QUEJA.



Bastó de silencio, beldad orgullosa,
 No mas ocultarte la pena cruel,
 Que justos temores de crudo desvio
 Guardada en el seno me hicieron tener.
 Si no te movieron mis pobres suspiros,
 Ni el alma rendida que en ellos te fué,
 Perdona que al cielo de tu alta hermosura
 Eleve la queja de tanta altivez.
 Audaz intentando volar á tu esfera,
 Merezco tu enojo, bastante lo sé;
 Y sé que si quieren tus ojos airados

Hundirme en el polvo podrán otra vez.
 Pues es menos duro, la vida cansada
 Rendir á los filos de injusto desden,
 Que ver en tus manos henchida la copa,
 Y estarme abrasando en ávida sed.
 No, no, ya no puedo sufrir de tus ojos,
 La dura mirada si á dicha me ven,
 En tanto, Señora, que humildes los míos
 Con súplica muda te piden merced.
 Ni ver cual se pierde mi débil gemido,
 Cobarde mensaje del ánima fiel,
 Allá entre las quejas de tantos esclavos,
 Que á llanto condena tu bárbara ley.
 De amarga agonía, mis últimos ayes,
 Por fin á tu oído que llegen haré;
 No temas ingrata, la muerte ó tus iras
 Un sello en el labio pondranme despues.

Tal vez mi querrelia suspenda importuna
 La plática blanda del tierno doncel,
 Que supo venciendo en lid amorosa
 Ganar de tus manos dulcísima prez.

Tal vez, con el brazo ciñendo su cuello,
 Con ósculo ardiente quemando su sien,
 Ni turbe tu gozo la queja del triste
 Que ya de la vida traspasa el dintel,
 Mas no, caprichosa, escucha siquiera,
 Tranquilo á tus ojos despues moriré,
 Si al fin ha podido decirte mi labio
 Que yo tus luceros adoro tambien.

No quiero, tirana, que en lance dudoso
 Con fieros desdenes batalle mi fé;
 Jamas he creído legal un combate
 En que eres el premio, la parte y el juez.

Tampoco pretendo que en lúbrico raptó
 Pronuncie tu labio de rojo clavel,
 Palabra amorosa que halague mi oído
 Y rasguen las nubes que cubren mi Eden.

No, virgen hermosa, tamaña ventura
 En pechos humanos no puede caber:
 Piedad de mis ansias tan solo te pido:
 Si aun eso me niegas, ignoro porqué.

Con débil quejido su próxima muerte
 Lamenta la cierva cojida en la red,
 El rústico tiene sobre ella el cuchillo
 Mas antes de hundirlo piadoso la ve.

Y tu con la dulce sonrisa en los labios
 ¿Serás por desgracia mas dura que él?
 Ah ¡no! solo espero tu blanda mirada,
 Y luego de gozo morir á tus pies.

Puebla, Mayo 21 de 1843.

MANUEL M. DE ZAMACONA.

